

que da lugar a una enseñanza ocasional y organizada de lo que se puede llamar alfabeto de la sabiduría y de la razón, el A B C de esa buena y sana moral que dirige y domina a todos los pueblos civilizados.

Anteriormente hemos hablado de ello; nos queda por examinar la cuestión desde el punto de vista de dos de sus aplicaciones: la disciplina y la neutralidad escolares.

1. *La disciplina escolar. El «self-government».*

Durante siglos, la escuela ha sido regida por una disciplina, especie de inteligente policía desconfiada y casi brutal, que trataba de domar, no de educar a los niños. La represión, más atenta a castigar las faltas que a prevenirlas, penaba rigurosamente y sin discusión toda violación de una regla draconiana. Hacía a los niños pasivos, temerosos y serviles, en lugar de mejorarlos y perfeccionarlos.

Este sistema disciplinario se ha transformado. La vigilancia, en lugar de aplicarse despóticamente, se esfuerza actualmente por ser educativa y racional; se prohíben los procedimientos imperativos y se inspira en un liberalismo benévolo y despejado.

Entiéndase bien; la educación anárquica no debe hallarse en la base de la preparación del niño para la vida. La introducción de un sistema que dejase hacer a los niños lo que quisieran y tolerase todas sus debilidades y tonterías sería la ruina de la escuela. El orden es necesario; el hombre aprende a obedecer; los alumnos deben ser guiados y esto puede hacerse sin utilizar la violencia, basada en el temor. Es preciso que la escuela desarrolle el espíritu de iniciativa, la práctica de la solidaridad y la noción de la responsabilidad. La infancia y la adolescencia, son, además, accesibles a todo lo que constituye una llamada a la dignidad humana y la disciplina es fácil cuando el educador gobierna «con» sus alumnos, en lugar de hacerlo «contra» ellos.

Algunos Estados americanos han introducido en la escuela un régimen destinado a conducir a los alumnos a que hagan el aprendizaje de la libertad. Este sistema

del *self-government* proclama que la mejor manera de enseñar la obediencia y la disciplina consiste en aprender el arte de provocarlas y organizarlas. Durante todo el tiempo que el maestro se encuentre solo en su reinado—se piensa—, el alumno permanecerá indiferente a los atentados perpetrados por sus camaradas contra las leyes de la escuela. Cuando el mantenimiento del orden sea misión de la clase, todos los niños se interesarán vivamente en la disciplina y ayudarán a hacerla perfecta.

La elección es el principio del *self-government*: los niños escogerán a aquellos de sus camaradas a los cuales quieren investir de determinadas funciones. El profesor dirige desde su puesto la organización e interviene lo menos posible en los conflictos. El tribunal, elegido igualmente por los alumnos, regula las contestaciones y castiga a los culpables. Las penas deben ser casi siempre confirmadas por el profesor.

El sistema es, pues, que la clase constituya una sociedad en miniatura y la escuela una federación de pequeñas repúblicas más o menos autónomas, según la edad de los alumnos y el grado de responsabilidad que se les puede confiar. La finalidad de esta organización es enseñar a los escolares a conducirse como hombres libres y a no obedecer más que las leyes que ellos hayan aceptado, porque han sido dictadas a nombre de todos. Su importancia educativa está demostrada por el hecho de que hace espontánea la sumisión a la ley común, y que pone al servicio del bien el poderoso influjo de los camaradas, el sentimiento general y la sugestión colectiva. No se trata, en modo alguno, de disminuir la autoridad del maestro, sino, por el contrario, de apoyarla y reforzarla.

Este sistema representa una interesante tentativa de educación social; sustituye al orden aparente un orden real, apto para domar los caracteres. Los pedagogos que lo han aplicado en América y en Europa, hacen de él un entusiasta elogio: introducido con prudencia y de una manera progresiva, puede ayudar fuertemente a hacer adquirir por los alumnos y a desarrollar entre

ellos el sentido de la responsabilidad, el sentimiento de la dignidad individual y colectiva, el dominio de sí mismo, el sentimiento de justicia, el respeto hacia el maestro, la razonada sumisión a las leyes y el aprendizaje de la vida cívica.

Sea cual fuere el régimen adoptado, es preciso que la atmósfera escolar posea una moralidad general completa y que la disciplina sea educativa. No pidamos ni toleremos la delación. Castiguemos pocas veces a aquel que se reconozca autor de un acto vituperable; analicemos su actitud, mostrémosle el error y el peligro que ello implica y lamentemos el hecho. No inflijamos castigos generales que provocan la revuelta porque son ilícitos. No andemos con rodeos, seamos claros y justos. No sujetemos a los alumnos a una obediencia servil. Utilicemos, con la mayor frecuencia posible, el método de las consecuencias naturales que, gracias a su carácter fatal e impersonal, es comprendido y aceptado por los niños.

2. *La neutralidad escolar.* La educación moral se hallaba enteramente ligada en otro tiempo a la educación religiosa. Toda la enseñanza estaba además en aquella época, impregnada de espíritu dogmático y la escuela no era asequible más que a los niños de una Iglesia determinada, con exclusión de las demás. La escuela no podía ser así la escuela de todos.

La escuela primaria moderna posee otro ideal, porque quiere ser neutral. La cuestión es importante y debe ser imparcialmente examinada, fuera de todas las consideraciones que se refieren a la política. Nadie lo ha expuesto mejor que Buisson, del cual reproducimos aquí algunos párrafos extractados, elocuentes, profundos y justos.

La escuela primaria—dice—es la institución nacional por excelencia. En ella debe darse una instrucción nacional, es decir, una instrucción que se dirija a todos los hombres y que a cada hombre lo abraza por entero. Por eso debe ser gratuita, obligatoria y laica.—Gratuita, porque todos los hombres, en todas las condiciones necesi-

tan una instrucción y las partes de esta instrucción deben ser garantizadas por la nación: es preciso que cada cual las reciba de la sociedad como una donación nacional, en lugar de comprarlas, si es rico, y de mendigarlas, si es pobre.—Obligatoria, porque es un derecho natural del niño el de recibir los elementos de instrucción, y un deber, no menos natural de la sociedad el de asegurárselos.—Laica, es decir independiente de la diferencia de cultos, porque si se quiere que todos los niños adquieran los conocimientos que la Convención llamaba ya los conocimientos necesarios a todo hombre, no hay derecho a tocar a esa cosa sagrada que se llama la conciencia del niño; porque no tenemos derecho, ni a nombre del Estado, ni a nombre de una Iglesia, ni a nombre de una sociedad, ni a nombre de un partido, ni a nombre de nada, en fin, a penetrar jamás en el dominio de esa libertad de conciencia, que constituye el fondo mismo y la razón de todas las libertades.

La escuela neutra recibe indistintamente a todos los niños de todos los cultos y también a aquellos que no pertenecen a ninguno. Les enseña a vivir unos al lado de otros, como miembros de una misma familia. Les hace adquirir, desde el principio de la vida el hábito de comprobar sin sorpresa ni odio todas las divergencias que puedan separarlos. Les inclina, por medio de una práctica natural, a fraternizar por encima de las barreras de las confesiones religiosas y de los partidos políticos. Les hace vivir en una atmósfera de tolerancia.

Se han eliminado de la escuela neutral todas las discusiones filosóficas, religiosas, metafísicas y políticas. El objeto de la instrucción primaria debe limitarse al estudio de las cosas sobre las cuales todo el mundo está de acuerdo. En la escuela pública no pueden ser enseñados más que los conocimientos que reúnan el doble carácter de ser reconocidos como indispensables a todo hombre civilizado e indiscutibles para todo hombre de buen sentido. Esta es la regla fundamental, el límite natural de la enseñanza primaria. Puede ser formulada del siguiente modo: es materia de enseñanza primaria y

por consecuencia de afirmaciones formales, sin reticencias y sin preocupación de neutralidad, todo lo que no es discutido por ningún hombre de buen sentido. No es materia de enseñanza primaria, y por consecuencia no puede ser enseñado en la escuela, todo lo que produzca discusiones entre los hombres.

Este pensamiento guiaba a Ferry cuando, en una carta dirigida a los profesores franceses, para definir con precisión su papel como educadores morales, escribía entre otras cosas: «Si os halláis a veces preocupados con la idea de medir hasta donde debe llegar vuestra enseñanza moral, he aquí una regla práctica a la cual podréis recurrir. En el momento de proponer a vuestros alumnos un precepto, una máxima cualquiera, preguntaos si conocéis algún hombre honrado al cual pueda molestar lo que vais a decir. Preguntaos si un padre de familia, uno solo, que estuviese presente y os escuchase pudiese rehusar de buena fe su asentimiento a lo que vais a decir. Si es así, absteneos de decirlo; de lo contrario hablad atrevidamente; porque lo que vais a comunicarle al niño, no es vuestra propia sabiduría, es la sabiduría del género humano, es una de esas ideas de orden universal que varios siglos de civilización han hecho entrar en el patrimonio de la humanidad. Por estrecho que acaso os parezca un círculo de acción trazado así, que constituya para vosotros un deber de honor el no salir nunca de él, permaneced de la parte de acá de este límite antes de exponeros a franquearlo. Nunca será suficiente el escrúpulo que empleéis en tocar ese algo delicado y sagrado que constituye la conciencia del niño».

En suma, la escuela neutra es una mansión de educación, cuyo principal carácter es no ser una escuela de combate. No es ni puede ser servidora ni enemiga de ninguna creencia religiosa, de ninguna Iglesia, ni de ningún partido. Respeta todas las formas de la libertad de pensamiento y de conciencia. Hace más: se dedica a que, desde su primaria infancia se penetren también de ese respeto todos los niños que se le confían, preparán-

dolos así a su futuro papel de ciudadanos libres en un país libre. La gloria de esta escuela, que no pertenece a nadie, porque pertenece a todos, es reunir indistintamente a los niños de todas las familias y de todas las Iglesias, para que su vida comience en una atmósfera de paz, de confianza y de serenidad; es fundar la educación pública sobre la fraternidad nacional, porque se halla convencida de que la unión de los corazones, de los espíritus y de las voluntades es absolutamente necesaria y útil entre ciudadanos de una misma patria, sean cuales fueren las opiniones filosóficas, religiosas y políticas que los separen.

JUAN DEMOOR Y TOBIÁS YONCKEERE.

HAY QUE SUPRIMIR LOS EXAMENES

Conceptúo perjudiciales para la cultura del país las casas de estudio donde sólo se prepara para el examen, y de ahí mi intensa preocupación por renovar los métodos que permitirán suprimir definitivamente la prueba de fin de año que es la negación de todo estudio serio.

El escritor español Dorado ha dicho que los exámenes son un verdadero peligro nacional. Posada, en su *Pedagogía* (1918) comentando estas palabras, agrega: «Yo creo que son más que un peligro, son un mal efectivo, un daño que ya ha hecho su obra, que la sigue haciendo cada día con más fuerza; constituyen el cáncer que corroe la entraña de la enseñanza.» Y Lavissee, hablaba de una liga internacional contra los exámenes.

El examen implica la superficialidad, la ligereza, el sacrificio de las facultades superiores.

Giner de los Ríos en su admirable trabajo «*Pedagogía Universal*» trata magistralmente este asunto, poniendo de relieve el daño que los exámenes producen en España.

Si por exámenes se entiende, dice el maestro, la constante atención del profesor a sus discípulos para

darse cuenta de su estado y proceder en consonancia. ¿quién rechazaría semejante medio, sin el cual no hay obra educativa posible? Pero, justamente, las pruebas académicas a que se da aquel nombre constituyen un sistema en diametral oposición con este trato y comunión constante. Pues donde ésta existe, aquél huelga,— y por el contrario, jamás los exámenes florecen como allí donde el monólogo diario del profesor pone un abismo entre él y sus alumnos. La situación del primero es como la de un libro de texto que debiera oírse leer a horas fijas. Y para ello pueden bien suprimirse el profesorado y sustituir, con ventaja, las aulas por bibliotecas: para los auditivos se podrían emplear lectores, que merecerían este nombre más que los de la Edad Media. La enseñanza es función viva, personal y flexible; si no, ya está de sobra. El libro será siempre obra más meditada, reposada y concienzuda que la lección de cátedra, algo expuesta a las ligerezas y extravíos de la improvisación, a menos que el maestro se limite a recitar un sermón previamente aprendido de memoria. Pero en tal caso está más de sobra todavía.

El examen es un mal universal. "En mi Universidad (Oxford), dice Max Muller, el placer del estudio ha acabado; el joven no piensa sino en el examen".

Para Freeman, el examen ha llegado a ser el fin fundamental de la vida universitaria; una especie de deporte, sólo que dirigido, no a desarrollar sino a atormentar al discípulo, al cual no se le pide ya que aprenda cosa alguna, en realidad, sino que la retenga de memoria hasta que se le pregunte en el gran día. Freeman no admite ni exámenes de ingreso. Para él, la Universidad es hoy un cuerpo, cuyos miembros se ocupan respectivamente, no en estudiar, sino en examinar o ser examinados, con los necesarios intervalos para prepararse a ello y para olvidar todo en cuanto pasa. El atiborramiento cuantitativo de pormenores ordenados reemplaza a la dirección científica y pedagógica del maestro para los estudios personales del discípulo que es la obra de la enseñanza universitaria, como el cuaderno de apuntes

para tomar notas de ese "preparar" sustituye a la atención intensa, a la comunicación entre ambos y a la lectura individual, ya en común de los grandes autores: principal elemento para formar una cultura desinteresada. Cree Freeman que los exámenes deben suprimirse por completo, pues con el sistema actual no puede comenzarse a estudiar hasta que acaba de examinarse; y esto en el caso de que no se hayan perdido ya las ganas de hacerlo.

Para el examen, el estudiante, tiene a su disposición *apuntes* y todo su trabajo consiste en aprenderlos más o menos de memoria, halagando al profesor con el recitado de sus opiniones, si es que las tiene. El sistema que yo defiendo es diametralmente opuesto; consiste en que el estudiante trabaje creando hábitos de investigar, sin que importe mucho la cantidad de conocimientos que adquiera.

Dice el escritor australiano Cattón Grasby en su libro «La enseñanza en tres continentes. (Europa, América y Australia)»: el mayor mal de los exámenes como criterio de los resultados de la enseñanza, es la falsa opinión que engendran, sobre el fin de la escuela, la idea de que la educación consiste en el conocimiento de unos cuantos hechos y en la aptitud para ejecutar unas cuantas operaciones mecánicas, no en el poder de pensar ni en el amor al conocimiento.

Paulsen, el famoso profesor de Berlín, cuya magistral obra sobre las universidades alemanas es citada frecuentemente, considera que los exámenes debilitan el espíritu de independencia y de responsabilidad personal y Compayré en su "Historia de las universidades", dice que los exámenes no sirven para hacer aprender y mucho menos para hacer trabajar científicamente; a lo sumo podrían obligar a aprender de memoria manuales y apuntes, catecismos de preguntas y respuestas.

El profesor que tiene a su cargo una materia, exclusivamente dedicado a lecciones orales, olvida por completo que la escuela debe ser un centro de investigación científica y se concreta a preparar alumnos

para la prueba final, a enseñarles lo que deben contestar en el examen.

Naturalmente que en esas aulas, nadie investiga, ni trata de formar una opinión personal. La prueba de que las cosas suceden así la he obtenido en el ejercicio de mi cargo de decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales. Al iniciar mis tareas, existía una ordenanza en virtud de la cual los alumnos no podían ser examinados sino sobre los temas tratados en clase. Pedí y obtuve la derogación de esa ordenanza. Posteriormente, se discutió en el Consejo la implantación del sistema del "bolillero" que apasionó a los grupos estudiantiles. Sorprendido de que un asunto de tan poca importancia agitará tan intensamente, inquirí la razón y supe que algunos profesores, no obstante la derogación de la ordenanza a que me he referido, sólo preguntaban lo que *habían explicado en clase*, es decir, se concretaban a preparar para el examen. El "bolillero" *hubiera perjudicado a los alumnos*.

El examen, según la expresión de un eminente político americano desvía y deprime la noble misión del hombre de estudio.

Joaquín González en su "Extensión universitaria", cita un estudio publicado el 9 de abril de 1909 en el «Times» sobre los exámenes, cuya síntesis es esta: "El examen incita a muchos hombres inferiores a trabajar, pero trae la labor de los mejores espíritus a un nivel inferior del que pueden alcanzar con un sistema más libre: tiende a desarrollar la docilidad y las artes espúreas de la preparación a expensas de algunas varoniles y eficientes cualidades, y los hombres que se hallan poseídos por la fiebre de la preparación para un examen, del cual depende su reputación, no son capaces de estudiar para su propio perfeccionamiento. El valor educativo de la obra realizada para el examen, es para el estudiante infinitamente menor que el de la labor hecha "para sí mismo" y el más grave mal de nuestro actual sistema, es que nadie aprende a trabajar "por y para sí mismo".

En Alemania no hay exámenes de fin de curso y por

lo tanto no hay promoción. El doctor Francisco Oliver refiere en un libro sobre la enseñanza en Alemania que de conversaciones tenidas con profesores de ese país puede resumir en la siguiente forma la opinión universitaria: queremos mantener a nuestras universidades el carácter de talleres de ciencias para los profesores y los alumnos, sacrificando si es necesario todos los estudiantes faltos de energía para el trabajo o escasos de inteligencia, que no resisten al sistema de libertad de aprender. Con un sistema de carácter escolar, paternal, como existe en otros países, con asistencia obligatoria, boletín escolar, exámenes de fin de curso, etc., esos estudiantes deficientes, seguirán con más o menos dificultad su carrera universitaria, llegando a obtener su título. Pero esto es precisamente lo que se quiere evitar. Hay exceso de profesionales de carreras universitarias que requieren el previo examen y por consiguiente no existen necesidades de carácter práctico que obliguen a concesiones y diferencias para aumentar el número de graduados. Pueden, pues, las universidades alemanas seguir su tradición de altos institutos científicos que tienen una reputación mundial y preocuparse sólo de la "élite" estudiantosa, de los que prometen para el porvenir, de los capaces de continuar la tradición científica. Los otros, los deficientes, que abandonen sus estudios universitarios y dirijan su actividad en otro rumbo. Hacerlos graduar a fuerza de tutelaje sería un mal para ellos,—pues nunca pasarían de la mediocridad,—y un daño para el país. Sólo existe, al final, un examen doctoral al que debe preceder una disertación escrita, acompañando el candidato los certificados sobre sus estudios y trabajos universitarios. Pero en Alemania existe la institución de los seminarios con raigambre profunda en la Universidad, algunos de los cuales, como los de derecho romano, civil y procesal, son de asistencia obligatoria que, como expresaba un profesor alemán al doctor Oliver, tenía por objeto verificar en esa forma la preparación de los candidatos, que los nuevos exámenes de estado, difícilmente revelan con certidumbre.

Conceptúo que este sistema es el que mejor se adapta a las exigencias universitarias, naturalmente que modificado de acuerdo con nuestras modalidades. Por lo pronto la supresión del examen debe exigir una seria labor realizada en los seminarios, que serviría de demostración de la aptitud del estudiante, debiendo tener en cuenta esos trabajos de investigación personal al rendirse el examen final.

Extender los seminarios, reglamentarlos con eficacia y vigilar permanentemente la labor de los alumnos; ese es el único medio de suprimir los exámenes de promoción. Así el trabajo de laboratorio habrá desalojado para siempre el examen enciclopédico.

En síntesis, el examen es el triunfo de la superficialidad y de la medianía, pues nivela las inteligencias. Debe suprimirse. Para ello es menester previamente dar una nueva orientación a la enseñanza, estableciendo centros de investigación personal que reemplacen, sin violencia, las aulas frías donde el profesor monologa y prepara para los exámenes.

ALFREDO L. PALACIOS

EDUCACION FAMILIAR

OBLIGACIONES DE LOS PADRES DE FAMILIA

1—Motivo inicial Pensando en cómo habría de orientar esta exposición para dirigirme a los señores Padres de Familia, llevé mi incertidumbre hasta la ciudad de Mercedes donde había ido en representación del Consejo de Enseñanza Primaria y Normal, con motivo de la ceremonia con que la "Escuela al Aire Libre" recordaba la fecha de su iniciación; y fué en inesperado momento y en la plaza de deportes de aquella ciudad, en que un señor ponía todos sus empeños al servicio de los

deseos de su nieta, que creí ver claramente cuál habría de ser el rumbo inicial en esta oportunidad, al oírle decir, en respuesta a una expresión amable con que un amigo festejó el sometimiento que mostraba, tan formal señor a tan débil criatura: *"es verdad, contestó, me manda esta niñita; nos mandan, debemos decir; no sé si para bien o para mal, pero lo que sé es que nos mandan"*; y mientras seguíamos nuestro paseo a orillas del magnífico río que es todo el orgullo de aquella ciudad, festejando unos el ingenio de la contestación y orientando otros la fantasía hacia bellas perspectivas de las tierras lejanas, en mi pensamiento hacíanse presentes todas estas ideas que quiero confiaros, por que ellas encierran un sentido profundamente humano, de problemas que nos afectan a todos y que no podríamos desatender jamás, sin haber caído en el deplorable olvido de nuestros más vitales intereses.

2—El clásico concepto de hijo, en relación con la autoridad paterna. ¿Qué idea hemos recibido del pasado en este sentido? ¿Cuál era el lugar del hijo en la casa paterna, en sociedad, y aún en su propio destino? Ser hijo, significaba el absoluto renunciamiento de la propia personalidad; correspondíale el más formal acatamiento a la autoridad paterna, sin crítica ni rectificación alguna; y esto era considerado como la mejor garantía, si no la única, del orden y el destino de la familia, y por lo tanto de la sociedad, pues fué aquella considerada desde el principio de los tiempos, como el elemento básico del organismo social, tanto más perfecto, cuanto más perfecto fuera el principio celular.

Las sociedades nacieron de la imposición de la fuerza; no discutiremos ahora el bien o el mal que de ello derivó; tomaremos el fenómeno social primitivo como un hecho, y de él derivaremos nuestras conclusiones. La fuerza que reina impone una jerarquía entre los hombres; un orden inalterable de planos y escalones; cada cual tiene en el mundo su cometido y a nadie le está permitido alterar ese orden sin introducir el desconcier-

to en la totalidad de las realizaciones humanas; a la autoridad reinante no le convienen estas alteraciones; peligra su reinado con la desobediencia, y por ello se convierte en el más celoso guardián de toda autoridad, lo mismo en el orden de las relaciones oficiales que en el de las dependencias familiares: siempre tiene razón el jefarca: el príncipe, el señor, el amo, el capataz, el padre, el maestro de escuela, el que mande quien quiera que sea. Este orden de imperio se ejerce más tiránicamente sobre los más débiles: los siervos, los esclavos, los obreros, las mujeres, los niños; y, de esta subordinación mantenida durante siglos, sin más razón que la de su propia fuerza, derivaron las guerras más sangrientas y las conmociones más dolorosas que angustiaron los tiempos y los hombres. Un orden de dulzura o de razón, habría ahorrado a la vida buena parte de sus dolorosas contiendas.

No fueron totalmente negativas estas conmociones dolorosas; conjuntamente con la noción cada vez más clara del derecho que la conciencia iba iluminando, comunicaron a la vida una mayor justicia; y a turno adquirieron sus derechos los hombres, fueran esclavos, siervos o simplemente hombres pertenecientes a clases consideradas inferiores; también lucharon las mujeres, y luchan aún, y si no en los dominios totales de la vida política, en los de la consideración filosófica, en el más alto sentido de la expresión, la mujer ocupa el lugar a que tiene derecho por su igualdad con el hombre y alto papel en la vida de la especie. Sin duda se aproximan tiempos en que la justicia tienda sobre la estirpe humana su solio soberano. El único esclavo es el niño, el que no pudo defenderse violentamente para sumar su acción a la ciencia libertadora de toda esclavitud y toda desconsideración.

El dogma del autoritarismo se ha parapetado tras el organismo del niño, imponiéndole sumisión al padre, como un recuerdo de los tiempos viejos, y exigiéndole el mismo acatamiento al maestro, a título de segundo

padre, que no significaba otra cosa, que un segundo tirano.

Lentamente llega la libertad al niño, porque la ciencia avanza también lentamente; no es que en la sabiduría de la antigüedad no encontremos estas ideas esparcidas en los autores; me refiero a las costumbres sociales prácticas, a los conceptos aceptados y cumplidos en la vida; en estos dominios era real lo que sostengo, y dolorosamente, aun se conservan en muchas gentes, que viven en plena Edad Media del pensamiento.

Ahorrémosle pesares a la vida, señores padres de familia, es hora ya; ellos nos mandan, decía el padre de mi recuerdo inicial, no sé si para bien o para mal, pero nos mandan; ellos debieron mandar toda la vida, y acaso los padres hubieran sido más felices que lo fueron, con una humanidad distinta, educada en moldes más humanos y más justos. Ellos nos mandan desde que nacen: sus llantos, sus dolores, su crecimiento, sus exigencias, sus deseos, sus necesidades, sus preferencias, sus gustos, obligan nuestra voluntad, imponen sus caprichos, llenan de angustia nuestros corazones cuando agonizan en las cunas y rebozan de lágrimas de felicidad nuestros ojos cuando vencen las dificultades del mundo y se abren camino de triunfadores. Cuando ellos nacen, ya no somos más; vemos colmada la ilusión que alimentamos en horas de quimeras o clavan en nuestros corazones una pena inconsolable cuando su nacimiento no constituye una sonrisa de felicidad. Cuando nacen, la naturaleza nos impone el sacrificio del renunciamiento definitivo; sólo por ellos continuaremos existiendo en la vida y sólo para ellos se moverán nuestros afanes. ¿Cómo entonces, adoptar por única ley del hijo el acatamiento absoluto de la autoridad paterna y la subordinación total con todo ese mundo interno que trae el niño al nacer como un amplio horizonte por revelarse, que pueden ahogar la fuerza bruta y la autoridad ciega imponiendo su ley de hierro?

Si los hombres meditaran serenamente en el momento único en que un hijo ha nacido, acaso sintieran inde-

finible miedo a la responsabilidad contraída con la vida ¿quién ha nacido? ¿será, acaso, un revelador? ¿Será toda la abominación en humana forma? Dicen los sabios: el niño es bueno al nacer ¿Quién, entonces, riega esa bondad y la transforma en fuente fecunda de bienes para sus semejantes? ¿Quién la desatiende, la tuerce y con falsa orientación la transforma en crimen? Si los hombres pensáramos en estos problemas cuando nace un hijo sentiríamos la más honda consternación.

3. El castigo; el niño mendigo; el niño analfabeto; el niño delincuente; el niño vagabundo.

El viejo criterio que consideraba al niño como un ser desprovisto de vida propia, adoptó, de acuerdo con la sabiduría de las épocas, enunciados múltiples que, en realidad sólo definieron el

criterio externo de los mayores que pretendían interpretar un alma que les era desconocida y que juzgaban en relación con sus prejuicios, sus conocimientos o sus ideas morales; decíase entre otras cosas: "el alma del niño es página en blanco en la cual los padres, los maestros y la sociedad, deben grabar sus enseñanzas, para orientar al futuro hombre"; y tan al pie de la letra fué cumplido este precepto, que todas las legislaciones, todas las religiones, todas las doctrinas, todas las banderías políticas o filosóficas, reclamaron para sí, la que decían "página en blanco del alma del niño", para realizar en ella la siembra de lo que creyeron su verdad, sin preocuparse de si en esta página estaba impresa desde el nacimiento, y acaso desde antes, toda una orientación de actividad y vida que debieron respetar y que torpemente atropellaban sin más razón que la ley del fuerte.

Y cuando el hijo se resistía en el hogar a inconsultos mandatos de una irracional autoridad paterna, el castigo flagelaba las carnes débiles del niño, por el delito de reclamar sus derechos sin más armas que el llanto y la exposición de su indefensa carne llagada; y cuando el niño se resistía a aprender lo que una escuela bárbara pretendía inculcar en su cerebro, esa escuela bárbara, decía: "la letra con sangre entra" y flagelaba peor aún

que el hogar, el cuerpo y el espíritu, aplicando el tormento del azote a las carnes mártires del niño, y el dicterio y el insulto y la humillación al alma inocente, a la cual definía, de página en blanco, y en la que iba dejando todas las aberraciones del tiempo. pretendiendo encaminar un futuro ciudadano hacia el bien, y acaso le dirigía por el camino de la cárcel, del manicomio o del hospital, o por la senda a veces más peligrosa, de la inadaptación a las leyes del tiempo.

A nuestra disposición están los museos de la vieja escuela, que guardan en sus anaqueles, la vergüenza de los instrumentos con que dió tormento a la debilidad del niño, torturándola sin comprenderla.

Y lo peor del caso, es, que a pesar de todo cuanto se ha adelantado; a pesar de que hasta las cárceles que aíslan y custodian a los máximos delincuentes se han humanizado notablemente, aún se aplican castigos corporales al niño; aún la brutalidad se ceba en su debilidad; y la ignorancia y la perversidad o un ruín espíritu de desquite, hace víctimas a numerosos niños que acaso no sólo reciben el azote que duele y afrenta, sino que tal vez, una de esas azotainas detiene para siempre en el niño castigado el desarrollo de alguna capacidad fundamental destinada a hacer luz sobre la vida social; el castigo apoca la voluntad, aja las aptitudes en estado embrionario que esperan el estímulo propicio a su desarrollo, y el azote las detiene, las marchita y las inutiliza para siempre haciéndole perder a la vida, la única esperanza de renovación y de éxito que está contenida en las raíces más profundas de las carnes del niño, azotando en un impulso de ciegos extravíos.

¿Qué diríamos del hombre, que esperándolo todo del resultado de su siembra, dejándose llevar por sus arrebatos, descargara sus enojos sobre el tallo débil de sus plantuelas apenas aparecidas a flor de tierra? ¿A quién se le ha ocurrido alguna vez apalea el arbolito tierno que es una esperanza de frutos ciertos y apetecidos por el sembrador? Proponer este dilema, es resolver-

lo: sólo la locura en su acción más extrema podría realizar tan torpe obra destructora.

¿Y qué es el niño, sino débil planta inicial, apenas surgida a flor de vida? ¿Y no están contenidas en su débil e indefensa contextura todas las posibilidades sociales, científicas, estéticas, políticas, en fin, humanas? ¿Cómo hemos podido castigarlo, ajar su estructura material y perturbar las fuentes mismas de ese soplo espiritual, que los siglos se han empeñado en creer encerrado en lo hondo de la carne mortal? Oh! ya estamos lejos de tales concepciones; pasó felizmente la creencia mágica de la existencia en el hombre de un espíritu imperturbable ante los dolores de la carne, siempre habilitado para realizar su obra cualesquiera fueran las andanzas y situaciones de la envoltura material; no, amigos padres, quien castiga las carnes de un niño, da tormento fundamentalmente a su espíritu, trastornando las más ricas fuentes de la virtud humana y pone a la humanidad en el camino de toda desesperación.

El mayor dolor de la vida es: el niño desdichado; la mayor mancha del hombre, la constituye la existencia del niño castigado; el espectáculo más doloroso de nuestra civilización contemporánea lo configuran, el niño mendigo, el niño analfabeto, el niño delincuente, el niño vagabundo... por ahí, por esas fuentes de dolor se va nuestro mejor tesoro, se aleja la única esperanza de redención próxima; si los mayores nos dedicamos a la lucha diaria que consume riquísimas fuentes de energía, y a la vez abandonamos los niños, de suerte tal, que se marchiten los gérmenes que están contenidos en él, no habrá redención para la vida, ni habrá leyes humanas que nos dignifiquen, ni paz definitiva en los hogares.

Presumo en vosotros una objeción: diréis: nosotros no castigamos nuestros hijos; y yo contestaré: quién sabe si no los castigáis; la fatalidad que persigue a la vida adopta las más engañosas formas; a veces toma el aspecto de la dulzura y el cariño; y si bien esta última modalidad no somete al niño al dolor del azote, no deja por ello de condenarlo menos a la inutilidad y a

la pérdida de los ricos gérmenes con que la naturaleza lo dotó; siempre, el mal que persigue con más éxitos a la vida del hombre supo disimularse mejor en una especie de mimetismo homicida de certeros golpes, al extremo de que ni aun en presencia de los estragos causados fué advertido por el hombre; ya lo veréis.

4. — El niño trae al nacer la solución de los problemas que nosotros no pudimos resolver.

La admiración que despiertan en nuestros espíritus los próceres, no puede llevarnos a la creencia de que son ellos de naturaleza distinta a la de nuestros hijos; claro es que no quiero decir, que habéis de suponer a vuestros hijos constituidos materialmente de una manera distinta a la de esos altos valores humanos, no; ni es ésa mi observación; pero es cierto que si con vuestro hijo de la mano admirarais la estatua de Artigas, acaso os pareciera extraño que alguien pudiera afirmar que, mañana el pueblo en acto de justicia habría de levantar una igual a vuestro hijo; y si oyerais departir respecto del maravilloso genio de Edison no estaríais muy dispuestos a creer que en vuestro pequeño, que inocente os sigue de la mano, está contenido un genio análogo al de aquel hombre maravilloso. Sé que existen padres que creen y esperan todo de sus hijos, algunos por creencia exajerada de sus propios valores, otros animados de extremas condescendencias consigo mismos, algunos por ignorancia más o menos explicable; mas, a mi exposición no interesa ninguno de estos pareceres particulares no orientados en el verdadero sentido de los altos intereses humanos; la generalidad de los hombres, por lo pronto sería escéptica en cuanto a la creencia de que todo niño, cualquiera que sea su condición social pueda lleva en sí un revelador; y éste es el punto, y de aquí la obligación de cuidar, amar y defender al niño en general, como el labrador juicioso quiere y cuida todo su sembrado, sin mimar especialmente a determinada plantita porque suponga que será ésa y no otra la que ha de dar más abundantes espigas. Sí, señores

padres de familia, los próceres que adornan hoy con sus perfiles vaciados en bronce o modelados en mármol las avenidas y los jardines de nuestras ciudades como lecciones de voluntad, de sabiduría o de exquisitez espiritual, nacieron niños, fueron como los nuestros débiles y estuvieron expuestos al peligro de marchitarse si manos groseras las hubieran estrujado irreverentes. Cuando esos próceres desaparecieron, otros hombres les sucedieron en la dirección de los destinos sociales y agregaron a la obra realizada por aquellos su propia obra; mañana se elevarán sobre otros pedestales de honor otras figuras respetables; y, si no todos han de merecer tales consagraciones, de cualquier modo harán su obra y orientarán los rumbos humanos por todos los derroteros del mundo. El niño es la esperanza más positiva; permitidme la expresión: el niño es semilla humana; amarla, darle todo calor y luz, y por sobre todas las cosas, respetarla es un imperativo de la vida, cuyo desconocimiento se paga muy caro: talvez los hombres que hicieron mal a la vida y la llenaron de dolor y sangre, todos los que levantaron cadalsos y desencadenaron las pasiones que encendieron las guerras y alentaron las injusticias, fueron hombres que no tuvieron niñez, que sufrieron torturas en su infancia, que fueron arrancados violentamente de sus orientaciones congénitas, y que en eso que los sabios del tiempo llamaban "página en blanco" la ignorancia de los siglos escribió su ley de injusticia y borró la pauta de luz y de bienes que trae al nacer.

5. — **La Vocación** Yo conservo desde mis tiempos de estudiante, un magnífico recuerdo de mis mejores lecturas, que llega en este momento en mi auxilio y que quiero confiaros porque lo juzgo de invalorable significación: ¿recordáis aquel famoso y legendario loco que se llamó por virtud de su creador Don Quijote de la Mancha? De aquel héroe de novela, no se han cansado de reír los siglos, considerándolo siempre ridículo fantasma engendrado en la mente de Cervantes en una hora de cómico

razonar. Sin embargo, es poco favor que se hace al autor cuando así se juzga su mejor obra, que es también una de las mejores que escribieron los hombres. Don Quijote, no es loco siempre; tiene una manía, y cuando ella lo domina, muestra su aspecto grotesco; mas cuando la luz se hace en su razón y olvidado del estruendo de las armas departe en absoluta serenidad de espíritu, entonces toda la sabiduría de su época y más aún, trasuntan sus palabras. Un día, huésped de un hospitalario caballero, don Diego de Miranda, quien contemplaba aborto la extraña figura del hidalgo andante, dijo: "Los hijos, señor, son pedazos de las entrañas de sus padres, y así se han de querer o buenos o malos que sean, como se quieren las almas que nos dan vida: a los padres toca el encaminarlos desde pequeños por los pasos de la virtud, de la buena crianza y de las buenas y cristianas costumbres, para que cuando grandes sean báculo de la vejez de sus padres y gloria de la posteridad; *y en lo de forzarles que estudien esta o aquella ciencia no lo tengo por acertado*, aunque el persuadirles no será dañoso, y cuando no se ha de estudiar para *pane lucrando*, siendo tan venturoso el estudiante que le dió el cielo padres que se lo dejen, sería yo de parecer que le dejen seguir aquella ciencia a que más le vieren inclinado"... y más adelante, agregaba: "Sea, pues, la conclusión de mi plática, Señor Hidalgo, que vuesa merced deje caminar a su hijo por donde su estrella le llama"... Y éstas, señores padres de familia, no son palabras de loco.

"Con tres siglos de antelación, dice Climent Terrer, vemos aquí expuesta en cuatro palabras por Cervantes la moderna, que bien pudiéramos llamar resucitada, teoría pedagógica de la elección de carrera bajo la norma de vocación consiguiente a las naturales aptitudes. Así como Don Diego de Miranda se empeñaba en que su hijo estudiara la ciencia de las leyes, disgustándose de verle embebido en la poesía, así mismo siguen hoy muchos padres empeñados en dar coces contra el aguijón al querer que sus hijos abracen carreras o se dediquen a oficios para los cuales no tienen ni vocación ni aptitud".

“Sobre este punto conviene hacer algunas consideraciones, que tal vez aprovechen a los jóvenes del día cuando lleguen a la augusta dignidad social de padres de familia, pues esta cuestión es tan interesante para el individuo como para la sociedad”.

“Lo muy costoso de las carreras universitarias que en tiempo de Cervantes estaban al alcance de los pobres hasta el punto de que pobre y estudiante eran sinónimos, ahuyentan aún hoy por imposibles a los jóvenes proletarios, entre los cuales hay no pocos que tendrían más ajustada colocación en los bancos de las aulas que en el banco del carpintero, si la falta de medios materiales no les atrancara las puertas de las universidades; y en cambio, muchos titulados violentamente alistados bajo la harapienta bandera del fracaso hallarían honra y provecho en la oculta nobleza del trabajo manual.”

“Seguramente no habría tantos errores y desengaños en la elección de carreras si de acuerdo con las leyes de la naturaleza humana se deslindase la educación en sólo dos distintos períodos: educación integral y educación diferencial”.

“La primera forma hombres; la segunda les da adecuado empleo en la vida. Aquella es la luz blanca en que están indiferenciados los siete colores, esta otra es el iris en que gradativamente se van diferenciando las fajas del espectro. Una es igualmente necesaria al médico y al tipógrafo, al notario y al carpintero; la otra adiestra al hombre en el ejercicio de la profesión a que le llamó su estrella. Para los empleos, cargos, oficios, carreras y destinos sociales se necesitan ante todo hombres. En esta afirmación coinciden pensadores de tan diversas opiniones como Rousseau y Balmes y de tan opuestas nacionalidades como Cervantes y Quevedo, James y Marden”.

Esto dicen, señores, el autor y el crítico. Y ahora vengamos al principio de nuestro razonar ¿no se castiga, acaso, al hijo, cuando se le obliga a seguir cauces que repudia y para los cuales no tiene la menor aptitud? ¿No se continúa flagelando la carne doliente del niño y pervertiendo ese espíritu nuevo que la vida está esperando

para terminar de una vez con toda la penuria que la castiga desde el fondo de los tiempos?

Yo sé, señores, que no siempre es posible encaminar a vuestros hijos por donde sus estrellas los llaman, es decir, que no siempre pueden los padres consultar las aptitudes de sus hijos para dirigirlos hacia el cultivo de ese tesoro oculto que es la aptitud congénita; yo lo sé y no lo olvido ¿no he dicho al empezar mi disertación, que uno de los dolores más grandes de nuestra vida era la existencia de niños desgraciados, y que una de las culpas más injustificables de nuestra civilización la configuraba el niño mendigo? Ya sé que se vive casi al azar de las circunstancias sociales económicas que arrojan a los hombres por senderos que no aman, y que a veces es necesario ir a buscar el pedazo de pan al sitio en que se encuentra y a cualquier hora en que fuera posible hallarlo. Sí, todo eso es verdad, y por mucho tiempo aun tendremos que sufrir del dolor de tales absurdos sociales, y presenciar cómo ante nuestros propios ojos se marchitan las mejores flores de esperanza; pero, por lo menos, si es verdad aquella frase inicial, de "que ellos, los niños, nos mandan, no sabemos si para bien o para mal, pero que nos mandan" respetemos sus mandatos y procuremos dulcificar con el máximo sacrificio nuestro la imcomprensión de un tiempo que hace estragos en las mejores reservas de la vida.

6— Transformación del viejo concepto

Los Derechos del Hombre tuvieron consagración eterna en una hora inolvidable para la Historia; no obstante, andando los tiempos, parece que aquella fórmula que concretó entonces las máximas aspiraciones de libertad, ha perdido un poco de su generalización humana; parece que los derechos del hombre, fueran los de un sexo, y por el mundo se agitan las mujeres reclamando los derechos femeninos, y hacen de esta expresión una bandera y una consigna de lucha en los agitados dominios de las ciudades modernas. ¿Quién proclamará los derechos del niño, en la hora en que todas las clases so-

ciales reclaman y conquistan los suyos? El niño sólo tiene voz para reír o para llorar, y eso, para reír o para llorar por sus impresiones actuales; sumido su espíritu en el dulce sueño de la infancia, está entregado a nosotros, sin una protesta, sin un reparo; cuando adquiriera la noción del mal que se le hubiere inferido, ya será irreparable el mal; y él, que será la primera víctima de tamaño extravío se vengará más tarde de la sociedad que lo condenó a vivir en círculos donde no existe la esperanza, con su incapacidad y su vencimiento y sus legítimos rencores.

¿Cómo, se pudo afirmar que hay en las abejas y en las hormigas una secreta conciencia que guía los pasos de sus construcciones y sus andanzas? ¿Se pudo atribuir a las plantas una inteligencia clara y certera para orientar sus colores y sus raíces como una defensa de la perennidad de la especie y permaneceremos sordos y ciegos, y sobre todo injustos, ante la indudable existencia de una sensibilidad típica en el niño, ante la innegable presencia de destinos vocacionales característicos de cada vida que se inicia? Es hora de reaccionar, y estamos sin duda, en el camino de las reparaciones trascendentes.

Sólo existe una tiranía justa, y ésa es: la del niño. Cuando ellos manden sin reservas; cuando ellos impongan sus necesidades y sus íntimos impulsos; cuando sus llantos obliguen más que lo que obligó el capricho de un monarca; cuando en sus manifestaciones de vida veamos la vida misma evidenciándose como en un milagro ante nuestros ojos maravillados de prodigio, la humanidad habrá marchado tanto y estará tan lejos, que acaso habrá olvidado ya que en la vida existieron verdugos que intentaron exterminarla flagelando las carnes del niño y estrujando su espíritu divino.

7— La sugestión
en la Ciencia y en
la Sociedad: en la
Escuela y en el
Hogar

Hay un libro que poco se lee ya, olvidado a causa de la copiosa producción pedagógica contemporánea; ese libro es "La Educación y la Herencia" de J. M. Guyau, autor francés, muerto en 1888, y

a cuyo dulce espíritu tantos elogios bordó la crítica filosófica de fin y principios de los Siglos XIX y XX.

Se abre el libro, y su primer párrafo es una exhortación a pensar en uno de los más hondos problemas de la vida, dice: "Sólo en la paternidad, pero en la paternidad completa, consciente, es decir, en la educación del niño, es donde el hombre llega a "sentir con todo corazón". ¡Ah! ¡Qué ruido, el ruido de los piecitos del niño! Es el ruido ligero y dulce de las generaciones que llegan, indecisas, inciertas, como el porvenir. ¡El Porvenir! Nosotros mismos somos los que acaso lo decidimos, por la manera como educamos a las generaciones nuevas." Y he aquí, señores, que este párrafo, nos pone en camino de meditar sobre la verdad de su contenido; ¿cómo seremos nosotros, simples ciudadanos, que nos creíamos con el haber de sabiduría estrictamente necesario para vivir en sociedad, sin preparación sociológica ni intenciones trascendentes, quienes hemos de decidir de esa nueva "edad de oro" que es el Porvenir? Parece ser así a través de esta lectura; el autor nos muestra, cómo el hombre lleva en su individualidad una potestad capacitada para influir en el futuro y asegurar en él, tanto el bienestar de los que vivan entonces, como para hacer real y efectiva esa ansiedad humana de resolver el problema de la inmortalidad.

El hombre, considerado en la totalidad de sus valores espirituales, no es un producto de aislamiento: no puede serlo. Si es real la expresión clásica de que el alma del niño es página en blanco ¿quién llena la nitidez de esa limpia ejecutoria que el recién nacido muestra en sus manos cuando pisa los umbrales de la vida? Hemos dicho, que las determinantes de un destino social están grabadas allí con caracteres ininteligibles para la mezquina visión del hombre; pero es verdad también que la ciencia, prestando poderosa lente a esa visión lo habilitó para leer el trazo sutil; y es verdad así mismo, que esa lectura impone respeto. Mas, el niño es brote de una planta, la ascendencia humana, que tiene su raigambre en la lejanía de los siglos, y que atraviesa la historia

transportando como heredero universal de su estirpe, predisposiciones, instintos, conciencias... que esperan el contacto de luz con sus semejantes para evidenciarse, energías latentes recién llegadas que aguardan la conexión con otra fuente de energía vital para entrar en potencia, en una sorprendente sintonía de las vidas separadas por el tiempo. Y he aquí que eso que el nuevo ser exige de la colectividad para *ser* a su vez, va a encontrarlo en el medio ambiente de sugerencias humanas en que aspire la primera ráfaga de aire azul de su nueva existencia.

El mismo Guyau, en magníficas páginas describe a continuación, las grandes conquistas de la sugestión hipnótica, aprovechada por médicos especialistas y distinguidos experimentadores, para volver a cauces de normalidad numerosas vidas desorientadas: viciosos, maniáticos, abúlicos, torpes, rebeldes... todos dieron su tributo de posibilidades de redención a la ciencia certera y respetuosa de los imprescriptibles fueros de la vida; mas ¿cómo pudo usarse de esa forma de sugerir el bien en espíritus de extravío y perversión? pues, poniéndolos bajo la acción de un operador armado de todas las armas del saber y de una autoridad moral aceptada sin discusión, hasta dejar al enfermo en un estado de conciencia *aidéista*, casi absoluto, o por lo menos monoideísta, es decir en semi-ausencia de ideas, página en blanco, de transitoria pero de indudable existencia aprovechada para sembrar la semilla de una sugestión hasta entonces ignorada; sugestión que, al salir el paciente del sueño hipnótico, se convertía en exigencia ineludible, hasta transformarse en mandato volitivo y materializarse en acto. Y si creéis que este aspecto de la actividad científica, se relaciona exclusivamente con enfermos y hombres puestos en extremos no comunes, sufrís desde ya los efectos de una verdadera sugestión colectiva que os produce la impresión de una libertad de conciencia, de que no gozáis, y de una voluntad dueña en absoluto de vuestro yo, cuando en realidad ella está determinada en la mayor parte de sus voliciones por toda esa malla sugeridora

que es la vida de la sociedad en que vivís; además, juzgáis de conceptos técnicos, con criterio ya abandonado.

Los ilustres representantes de novísimas corrientes en materia de educación, doctores María Montessori y Ovidio Decroly, encontraron en su trato con niños anormales, insuficientes, retardados, idiotas, etc., los nuevos cauces de una metodología pedagógica que, al ser aplicada a los niños normales y bien dotados, han hecho inesperada y fecunda luz en la solución de los hasta entonces difíciles problemas educacionales. No extrañéis, pues, de que partiendo de experiencias hechas en seres anormales, puedan encontrarse las mejores normas que aplicar de una manera general.

Fresco está aún el debate que originó el humano criterio de las escuelas criminológicas italianas, que abriendo nuevas rutas en la apreciación del delito común, hizo entrever en la mentalidad general, deficiencias y diferenciaciones peligrosas, que debían ser estudiadas y en oportunidad tratadas con altruista y conveniente intención curativa, más que con la severidad inflexible de las clásicas escuelas penalistas. La situación extrema del desequilibrio mental que presentan los niños insuficientes, como así mismo la de los mayores paranoicos, tienen su correspondencia general en los cerebros reputados normales de pequeños y mayores; sólo que en los primeros, las desigualdades e inarmonías entre las aptitudes mentales son tan notables, que llegan a constituir algo así como un término en la escala del humano equilibrio mental, titulado «Insuficientes»; pero, en el otro término, en el de los «Suficientes», las aptitudes mentales también diferenciadas naturalmente, exigen tratamientos especiales, a veces tan rigurosos como en el de los casos clínicos; de aquí todas las corrientes actuales que llevan a la creación de una «pedagogía médica» y de una «escuela a la medida».

El hombre trae al nacer, hemos dicho, trazada una trayectoria futura; mas, como tiene su raigambre originaria en la humanidad que cuenta ya siglos de vida,

sus hijos traen por herencia sus virtudes y sus taras, y si no en potencia, están latentes aguardando el *fiat* que ha de producirla; la educación debe respetar los trazos nobles y aplicarse certeramente a debilitar las tendencias perjudiciales, que también llegan con quien ha recogido el acervo total de un patrimonio en el cual no sólo existen ricos legados, sino también onerosas cargas: para oponerse a esa parte negativa de la herencia, el hombre ha creado la Educación, y ella cuenta sabios recursos, que le harán victorioso del instinto y de la mala sana predisposición.

Oigamos un último párrafo de Guyau y adquiriremos la certeza de que, en la modesta esfera del hogar, somos obreros del porvenir. «La sugestión psicológica y neurópata viene a ser tan sólo la exageración de hechos que ocurren en el estado normal. La experimentación sobre el sistema nervioso es una especie de análisis que aísla los hechos, y que, aislándolos, los pone de relieve. Se puede, pues, y se debe admitir una sugestión psicológica, moral, social, que se produce aun en los más sanos, sin adquirir esa especie de exageración artificial que le imponen las perturbaciones nerviosas. Esta sugestión moral, bien organizada y bien regulada, puede evidentemente, ya favorecer, ya suprimir los efectos de la herencia. Estudiémosla, por tanto, en su origen y en sus diversas formas».

«Se puede, decíamos, considerar como probado hoy que, si la sugestión mental existe en un grado excepcional en algunos individuos particularmente bien dotados, en virtud de la analogía de constitución en la raza humana, debe existir también en un grado imperceptible en todos: ¿por qué, pues, no es más fácil de advertir y señalar? Porque: 1º Es muy débil en la mayoría de los hombres, no produce un efecto sino apenas perceptible en tal o cual momento, en tal o cual caso aislado; 2º Las sugestiones mentales deben en los individuos normales, entrecruzarse más o menos y provenir a la vez de los individuos más diferentes. No estamos, en el estado normal, bajo el poder de un *magnetizador determina-*

do, de una persona única que nos posea y nos dirija como cosa propia. Pero de esto no se sigue que no seamos accesibles a una infinidad de pequeñas sugerencias, que unas veces se contrarían, otras se acumulan, produciendo al cabo un efecto muy sensible: trátase entonces de sugerencias provenientes, no de un individuo aislado, sino de la sociedad entera, de todo el medio circundante; en suma son sugerencias propiamente sociales». Y como una confirmación definitiva de estas ideas, oíd lo que sobre el particular, dice el Dr. Ingenieros en su conocida obra «Histeria y Sugestión»: «Si creéis que los problemas de la sugestión suponen aún las preocupaciones que dieron brillante actualidad a las Escuelas de los Salpêtrière y de Nancy representadas en Francia tan notablemente entonces por Charcot y Bernheim, os equivocáis; es preciso atenerse a las últimas conquistas del pensamiento científico surgidas de aquellos memorables debates y saber con Bernheim que, es necesario separar la sugestión de todos los prejuicios: magnetismo, hipnotismo, histeria, sueño provocado, que obscurecen la concepción de este fenómeno: ella (la sugestión), exterioriza una propiedad normal del cerebro: su sugestibilidad». El mismo doctor Ingenieros, al extractar la obra de Alfred Binet titulada «La suggestibilité» dice en una de sus síntesis: «Hay, además, un elemento particular que no debe olvidarse: es la acción moral del ciudadano. El sugestionado, además de ser un tanto autómatas, sufre una acción especial emanada de otro individuo: ora se le llame miedo, ora amor, fascinación, respeto, intimidación, seducción, etc. El hecho existe de manera bien manifiesta». Bien puede Guyau continuar desarrollando su tesis, mostrando cómo la sociedad determina por sugestión la mayor parte de los actos de conducta de los hombres; los que podríamos llamar *grandes centros de sugestión: la autoridad* que poseen ciertas personas, por su saber, por sus virtudes cívicas, por sus excelencias científicas o morales evidenciadas muchas veces hasta imponer sus voliciones. Gabriel Tarde, en su monumental obra «Las leyes de la imitación»,

llamando *prestigio* a esta autoridad, ha dicho: «Ha sido por tanto, preciso en los comienzos de toda sociedad antigua, un gran alarde de autoridad ejercida por algunos hombres soberanamente imperiosos y afirmativos. ¿Ha sido por el terror y la imposición por lo que principalmente han reinado, según se afirma? No; esta explicación es a todas luces insuficiente. Han reinado por su *prestigio*. Sólo el ejemplo del magnetizador nos hace comprender el sentido profundo de esta palabra. El magnetizador no tiene necesidad de mentir para ser ciegamente creído por el magnetizado; no necesita aterrorizar para ser pasivamente obedecido. Tiene *prestigio*, y con esto está dicho».

Otro centro de sugestión, *la palabra*, tiene un poder de indudable acción en las colectividades y hasta en los tranquilos dominios de la conciencia individual; Tarde, en su obra citada, al concretar en tres proposiciones formales su tesis de que «todas las semejanzas se deben a repeticiones», formula su tercera proposición así: «Todas las semejanzas de *origen social* que se observan en el mundo social, son el fruto directo de la imitación bajo todas sus formas, imitación-obediencia, imitación-instrucción o imitación-educación, imitación-natural o imitación-refleja, etc. De aquí la excelencia del método contemporáneo, que explica las doctrinas o las instituciones por su historia. Esta tendencia necesariamente ha de generalizarse. Dícese que los grandes genios, los grandes inventores, se encuentran; pero, en primer término, estas coincidencias son muy raras, y después cuando se comprueban, tienen siempre su origen en un fondo de instrucción común en que se han inspirado independientemente, uno de otro, los dos autores de la misma invención, fondo que consiste en una acumulación de tradiciones, de experiencias brutas o más o menos organizadas y transmitidas imitativamente por el gran vehículo de todas las imitaciones: la palabra». La Historia con sus grandes movimientos, sociales, políticos y religiosos, estimulados por la sugestión de la prédica en horas de exaltaciones ideológicas o sentimentales, es una prueba elocuente de ese poder sugestivo de la palabra, que em-

puja a los hombres por los cien rumbos de sus éxitos o de sus desastres.

En nuestra vida habitual, es la palabra la que anuncia las primeras alarmas de peligros que se acercan o las albricias de una buena nueva, y mucho antes de que la realidad muestre su entidad concreta, los hombres festejan o deploran, porque el ejemplo de la satisfacción o del ajeno pesar, sugiere el espíritu poderosamente. Otro centro de sugestión, los *hechos*, tienen un innegable poder sugeridor de actos: la alegría es contagiosa, dicen las gentes; la tristeza, entristece, agregan; los heroísmos, las costumbres, las modas, las ceremonias, los suicidios, los dolores de los hombres que viven en comunidad, originan verdaderas corrientes que electrizan a diario el conjunto social y lo someten al vaivén cambiante de un ritmo imposible de contralorear y encauzar por los senderos razonables del análisis y de la lógica: el antiguo y poco elegante proverbio: va Vicente al ruido de la gente, es expresivo signo de ese convencimiento general, de que las corrientes colectivas, arrastran, en sus a veces turbias aguas, a los hombres, siendo impotente para detenerlos el más discreto razonar. Y los grandes conductores de pueblos, conocen bien el secreto de este resorte psicológico, que a través de la historia, puso en sus manos la posibilidad de hacerle fecundos bienes a la vida o de inferirle irreparables agravios, según que les moviera o no una levantada consideración de sus semejantes.

Y a propósito, oigamos una vez más a Tarde en este elocuente pasaje de su obra citada: "¡Cuántos grandes hombres desde Ramsés a Alejandro, de Alejandro a Mahoma, de Mahoma a Napoleón, han polarizado el alma de su pueblo! ¡Cuántas veces la fijación prolongada de este punto brillante, la gloria o el genio de un hombre, han hecho caer a todo un pueblo en el estado de catalepsia!

"El entorpecimiento, como sabemos, es sólo aparente en el estado de sonambulismo, ocultando una extrema sobreexcitación. De aquí los prodigios de fuerza y habilidad que el sonambulismo realiza sin vacilar. Algo semejante se vió a principios del Siglo pasado cuando, muy

enervada a la vez que sobreexcitada, tan pasiva como febril, la Francia militar obedecía al gesto de un fascinador y realizaba prodigios. Este fenómeno atávico es muy apropiado para llevarnos al remoto pasado, para hacernos comprender la acción ejercida sobre sus contemporáneos por esos personajes semi fabulosos que todas las distintas civilizaciones colocan a su frente, y a quienes sus leyendas atribuyen la revelación de sus oficios, de sus conocimientos, de sus leyes: Oanés en Babilonia, Quetz-oalcoalt en Méjico, las dinastías divinas antes de Menes en Egipto, etc. Estudiándolos bien, todos estos reyes dioses, principio común de todas las dinastías humanas y de todas las mitologías, han sido los inventores y los importadores de invenciones extranjeras, los iniciadores, en una palabra. Merced al estupor profundo y vehemente causado por sus primeros milagros, cada una de sus afirmaciones, cada una de sus órdenes fué una gran salida abierta a la inmensidad de las aspiraciones impotentes e indeterminadas que hacían nacer necesidades de fe sin ideas, necesidades de actividad sin medios de acción". Todo esto es incontestable y ninguna razón podría destruirlo.

Estos grandes centros de sugestión: el *prestigio*, la *palabra*, los *hechos*, en el moderno concepto educacional, serían tres poderosos estimulantes externos, que obrarían decisivamente en el desarrollo de las nobles predisposiciones innatas; por eso Guyau, lleva esos elementos a esa sociedad en pequeño que es la escuela y pone en manos del Maestro, en su *autoridad*, en su *palabra* y en sus *hechos*, el poder de sugerir vida superior en el niño adormecido en el inconsciente sueño de su inocencia; eso lo conocieron bien los creadores de sistemas filosóficos, que incomprendidos o repudiados por los mayores, volvieron sus ojos al niño para deslumbrarlo con el prodigio del milagro o la maravilla de sus mágicas sistematizaciones. y sugerir en sus espíritus, con la visión de una victoria segura en el futuro, el acatamiento que les negaban sus contemporáneos.

Y bien ¿qué es el hogar, sino una sociedad en pe-

queño, agitada también por múltiples sugerencias que calan hasta la médula la vida inicial de los niños? Cuando la ley ofrece a la pareja desavenida, el remedio extremo del divorcio, tiene en cuenta fundamentalmente el interés moral de los hijos que van modelando su conciencia frente a la absoluta carencia de afecto de sus padres, sustituido ese factor por factores psicológicos malsanos capaces de sedimentar en la conciencia virgen de los hijos, el germen de terribles males futuros, por obra de una sugestión continuada que nada ni nadie podrá neutralizar en sus efectos dañinos. Y otra vez, aunque temiendo a una excesiva prolijidad, citaré a Tarde, cuando hace referencia a la doble corriente de acción entre el sugestionador y el sugestionado en el seno de las sociedades muy evolucionadas: "Si esto fuese exacto, no sería menos evidente que la revelación de modelo a copia, de maestro a discípulo, de apóstol a neófito, antes de ser recíproca o alternativa, como observamos de ordinario en nuestro mundo igualitario, ha debido necesariamente comenzar por ser unilateral e irreversible en su origen. De aquí las castas. Aún en las sociedades más igualitarias, la unilateralidad de que se trata subsiste sobre la base de la iniciación social, en la familia; porque el padre es y será siempre el primer Maestro, el primer sacerdote, el primer modelo del hijo". Esto es magnífico y hace tanta luz sobre nuestro tratado, que ni una duda queda ya del carácter pedagógico-educativo del hogar. Y si es verdad el siguiente párrafo que separo del libro "El Criterio Fisiológico" del doctor Santín Rossi, que: *Por haber nacido*, el hombre tiene derecho a espacio, educación y protección mientras y cuando no puede obtener energías por él mismo, y libertad de acción" ¿dónde ha de empezar a hacerse efectivo ese derecho sino en el hogar ambiente, en el hogar enseñanza y en el hogar amoroso cuidado? Sólo a este precio, podrá el hombre siguiendo al mismo autor, adquirir el derecho a la felicidad *por haber cumplido con sus deberes sociales*.

Carlos T. Gamba

Acaba de salir el No. 8 de

TRIQUITRAQUE

LA REVISTA ILUSTRADA

más amena para los niños
y más útil para los maestros

S
E
E
D
I
T
A
E
N
L
A



LIBRERIA ESPAÑOLA